Número 41 DOMINGO 12 DE ENERO DE 1840 6 ctos.

La Redaccion y administracion se hallan establecidas en la calle del Príncipe, número 15 cto. segundo de la izquied.

La Esperanza,

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, frente de las covachuelas, en la estamp. de Valla, calle de Carretas

PERIODICO LITERARIO.

Escenas de un corsario.

I.

LAS EXEQUIAS.

El claro sol de las Antillas empezaba á iluminar ya las primeras nubes de Oriente en una hermosa mañana de abril, y á descubrir con su luz los sangrientos rastros de un crimen reciente, cuando una voz desapacible, ó mejor dicho, el graznido de un hombre se hizo oir de popa á proa del bergantin Gavilan: — Chispa—nuestro amo— ven aqui.... ¡qué nudo traes hoy en el rebenque! (1) ¿temias que te se escapase el cordon seráfico?... arrima bribon... uno... dos... tres... cuatro.... ya estas despachado... á esto le llamaba el pobre Blaquer medios de precaucion.... Cardona.... envolverlo en una bandera, que Teresa le diga alguna cosa y despacharlo donde iremos todos, porque es menester, que esto quede mas limpio que una patena. — En aquel momento se hizo una señal por el personage que con el nombre de Cardona habia sido interpelado, y se siguió á ella un movimiento general. El hombre que habia sido causa de aquella agitacion, sentado sobre el dorado cabestrante (1) habia mirado con igual impasibilidad las contorsiones del infeliz Chispa, á quien señaló cuatro lineas paralelas sobre su blanca espalda, que la fea y mutilada figura de su antiguo compañero Blaquer, cuyo ensangrentado cuerpo le pusieron delante cuatro de sus satélites, sin otro movimiento que el que prestó á su fisonomía una infernal mueca en forma de risa, estirando su negra boca de oreja á oreja, sacó su pipa, y revolviendo el

(1) Látigo de cuerda embreada.

(1) Máquina de que se sirven en los buques para recoger el ancla y otros usos, colocada delante del palo mayor en forma de velador: la del bergantin de que hablamos estaba ademas adornada con un chapeado de azofar.

carbon que en ella habia, colocó dentro la brasa que Chispa le presentó desde el punto en que le vió meter la mano en el bolsillo en ademan de sacar de él su tosco incensario. — Estás mas feo que yo; Blaquer.... y sin añadir mas palabra se puso á contar las monedas que contenia un bolson de cuero que le presentó Cardona.

Concluida esta larga operacion dijo: — Falta el chico que llevaba á la mano.

Encontróse este sobre el cuerpo del difunto, y con el grande, su maleta y dos palanquetas, compuso el lastre que atado al cuello habia de hacerle descender al fondo del mar.

Blaquer con toda su hacienda fue envuelto en una bandera inglesa, é iba ya á ser cogido por sus sepultureros, cuando el horrísono graznido se hizo oir con una terrible interpelacion.— ¡Bárbaros! ¿que reis arrojar al agua á un hombre blanco como si fuera uno de los marranos que estan allá abajo? Venga Teresa.

Era Teresa un hombrecillo de cuatro pies y siete pulgadas, y tan enjuto como chico: acercóse al difunto, y descubrióse echando al aire un estrecho cerquillo, que imitaba bastante bien el cargador de un melon. En su traje se conocia que habia pertenecido á alguna comunidad religiosa, á pesar de la mezcla ridícula que habia hecho del gran sombrero de teja con el chaqueton gris, botas y sable terciado, que componia el que llevaba cuando se acercó á prestar su péximo ministerio. El drago-fraile murmuró algunas frases latinas, despues de lo cual descendiendo de su observatorio el primer personaje de aquella escena, acercóse al cadaver, tomóle una mano que apretó en silencio, volvióle á colocar en su anterior posicion, y se retiró haciendo una seña para que se le tributasen los últimos honores; en menos de un minuto fueron recogidas las velas del buque y cruzadas sus vergas, y empavesado con mas de trescientos pabellones de diferentes colores. Los hercúleos sepultureros alzaron cuanto les fue posible el cuerpo del robusto Blaquer, y sacándole fuera de la borda, le abandonaron á su propio peso viéndole desaparecer entre las ondas: la violenta detonacion de una pieza de á diez y ocho anunció retumbando en la vecina costa, que habia desaparecido la fúnebre ceremonia.

Las feroces miradas que echaba sobre nosotros el horrible personaje que habia tenido la bárbara complacencia de gozarse en el sufrimiento del niño infeliz que le servia, nos hicieron conocer la suerte que nos esperaba. Ochenta y cinco hombres componiamos la tripulacion del airoso bergantin Gavilan, y apenas llegabamos á dos docenas los que atados de pies y manos aguardabamos, tendidos sobre cubierta, mas dura suerte que aquella que habia cabido á nuestros compañeros de infortunio, sintiendo el filo del puñal homicida en la noche que acababamos de pasar. — Cardona; veámosle la cara á ese jaque; y poco despues vimos con dolor entrar á nuestro valiente capitan, que envuelto en cuerdas y arrastrado con crueldad, fue puesto en presencia del gefe. — Has muerto á mi mejor amigo, le dijo; quiero darte la recompensa; y dirijiéndose á su teniente añadió: — Como al frances. Apenas habia acabado de hablar cuando ya le habian atado dos balas de á cuatro á los pies y un corcho en cada brazo, y en esa disposicion fue arrojado al mar. Los gritos que en su cólera exalaba, me revelaron la suerte que le cabia: suspendida su cabeza sobre el nivel

de las aguas, tendria muy en breve el horrible tormento de ver su cuerpo mutilado por los voraces peces que habitan aquellos mares. Los ojos de chispa dirijidos con sentimiento hácia el lado de donde se escuchaban los ayes de aquel desgraciado, eran la única señal de que habia un corazon entre tanto bárbaro que no estuviese aun familiarizado con semejantes escenas.

El velamen del bergantin habia vuelto à enchirse de viento, y el Gavilan caminaba majestuosamente á lo largo de la costa del norte de la isla de Santo Domingo. No tardó mucho el *protagonista* de aquel *melodrama* en tomar su primera posicion sobre el cabestrante: en ella su barba casi tocaba á las rodillas, y necesitaba alzar los ojos para mirar al frente, escondiéndolos bajo dos cerdosos arcos negros, por entre cuyos pelos se divisaba su amarillez. La descarnada cara del hombre que describimos no estaba compuesta mas que de la hosamenta de su cadaver, cubierta de una rugosa piel curtida, cuyo color de venturina la hacia mas desagradable; su boca entreabierta sostenia con los molares la hueca caña que daba paso al fumigante humo de su pipa, y dejaba ver dos hileras de dientes á mitad roidos por la intemperancia: un sombrero de paja de ancha ala, una camisa de color salpicada de sangre reciente, y un calzon sostenido por una correa en la cintura, y que no cubria parte de su pierna, componian el traje de tan grotesco personaje, esta correa sujeta por un gran hebillon: sostenia igualmente en un lado un ancho cuchillo de media vara de largo, y en el otro una pistola de cuatro tiros guarnecida de riquísimos adornos de plata. El bolsillo del holgado pantalon dejaba ver una parte de la compañera.

—Miguel, dijo el pirata, llegaos aquí tú y Cardona; que cada uno de vosotros se haga cargo de la mitad de esa gente (señalando al grupo que formábamos los encadenados), y que dentro de diez minutos no vea uno sobre cubierta. —Los negros, respondió Miguel, ocupan todo el piso bajo: ¿dónde los metemos? —¡Imbécil! donde has metido á Blaquer, que no es mejor esa canalla: atarlos espalda con espalda y al agua. Cardona y Miguel se acercaron á nosotros acompañados de una turba de facinerosos que con horrible complacencia nos ligaron codo con codo.

F. F. C.

La velada de S. Juan.

(A mi amigo D. José Serra y Ortega.)

Ya la noche que despliega
Las sombras que el sol ofende,
Clari-oscuras las estiende
Con que el firmamento ciega.
Y para verle asomó
Sus estrellas mortecinas,
Tal vez pavesas mezquinas
Que al pasar el sol dejó.
La luna tímida y cana,
Alzándose del oriente,
Imita cobardemente
El lucir de la mañana.
Se levanta opuesta al sol,
Porque sino cerca de él
Ciega el ardiente oropel
Su desmayado arrebol.
Y su luz ángnidamente

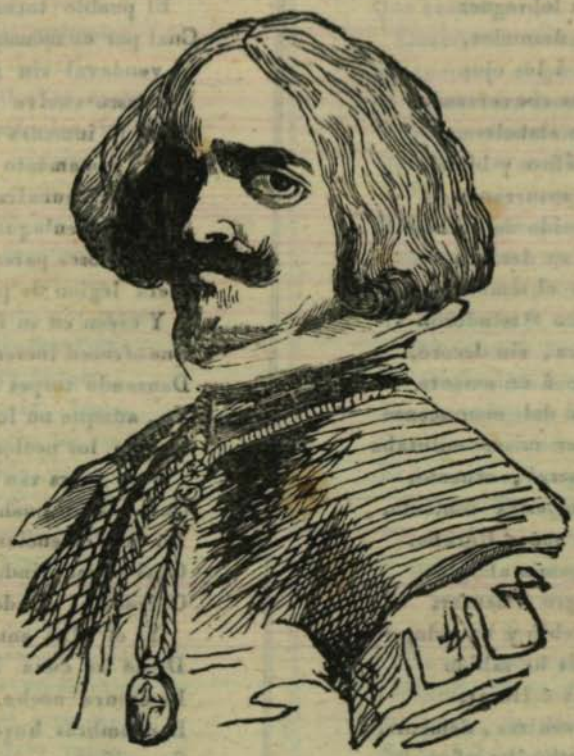
Esmalta el cielo sombrío,
Como la espuma de un rio
Tiñe su azul trasparente.
Magnífico el prado brilla
Pautado de luces bellas,
Imitando á las estrellas
Con tibia luz amarilla.
Y aunque lejanas, se ofenden
Una y otra tropa hermosa,
Y en competencia lumbrosa
Desvanecerse pretenden..
Susurra allí el aurafria
En sus giros revoltosos
Por los árboles pomposos
Plantados con simetría.
Ya sobre ellos se revuelve
Y hácia el suelo los inclina,
Ya rápida se avecina
Y otra vez à erguirlos vuelve.
Ya aerea los desparrama
Girando con rapidez,
Ya mansa agita tal vez
Solo alguna que otra rama.
Ya rauda los desaliña
Meciéndolos turbulenta.
Ya arremolinada, lenta,
Hácia el centro los apiña.
Ora apacible desmaya
Y serpea por el suelo,
Ya remontàndose al cielo
En la atmósfera se esplaya.
Las emblemáticas fuentes
Suavemente murmuran,
Y entre las piedras trituran
Sus cristales trasparentes.
Diafanas el aire cruzan
Vueltas en claro vapor
Sus aguas, que con rumor
Uniforme desmenuzan.
Su brillo descolorido
La luna en ellos retrata,
Como un círculo de plata
En su cristal sumerjido.
Y los árboles parecen
Entre las sombras lejanas,
Densas nubes que livianas
Entre los vientos se mecen.

Ya por sitios diferentes
Se ven al prado bajar
Alborozadas las gentes,
Como diversos torrentes
Que confluyen en la mar.
Cuando el inmenso gentío
En tumulto al prado llega,
Se esparrama á su alvedrío
Como un caudaloso rio
Que inunda enorme la vega.
Va en cada rostro pintado
El placer que piensa loco
Cada cual ver realizado;
Mas junto al placer soñado
El realizado es muy poco.
Del grande la vanidad
Va confundida en tropel
Con la indijente humildad,
Que iguala la oscuridad
El harapo al oropel.
Y hay dias que respetuoso
Vé un pueblo su fin mortal,
Y etnonces supersticioso
Un instinto religioso
A todo el pueblo hace igual.
Ya va á guisa de verbena
Llenando el prado la gente;
Se junta, se desordena,
Se revuelve, cual la arena
Por el fondo de un torrente.
Canta, corre, toca, grita,
Con discorde murmurar,
Y la atmósfera se agita,
Rebota, hierve, é imita
El murmullo de la mar.

No hay alli gentil doncella
Que no lleve seductora
Desnuda la espalda bella,
Para competir con ella
Al asomarse la aurora.
Sus ojas envidia dan
A los nocturnos fulgores,
Ay! ¡que incentivas que van!
Cómo vas á ser, San Juan,
Tercero de sus amores!
Los amantes la esquivez
Desdeñan, y los enojos,
Y suple en la lobreguez
Al manto la desnudez,
Y las manos á los ojos.
Aqui gratos conversando
Estan dos con embeleso;
Y leve el céfiro y blando
Mansamente susurrando
Divulga el ruido de un beso.
Alli para su desdoro
Uno que cela el semblante,
Oye el lúbrico "te adoro»
Que impúdica, sin decoro,
Da su mujer à un amante.
Y en torno del monumento
Ay! que ayer mismo enlutaba
Crespon funeral, cruento,
El pueblo muestra contento,
Y el Dos de mayo lloraba.
Do ayer gemia afligido
Se pone alegre á danzar;
Tal es el pueblo y ha sido,
Porque jamás ha sabido
Mas que reir ó llorar.
Ay! que cenizas, demente,
El pueblo imbecil profana!
Ay! sus hijos torpemente
Danzarán alegremente
Sobre las suyas mañana!"...
Pura la atmósfera hiende
Tal vez fuego artificial,
Cual astro que se desprende
Y traza segun asciende
Sulfúrea linea espiral.
Vaga cometa perdido
Desde cuya altura vé
Todo el pueblo embebecido,
Y cuánto placer vendido!
Cuánta quebrantada fé!
Luciente se remontó;
Las nubes que le cercaron
Al reventar, sacudió,
Y tantos crímenes vió
Cuantos ojos le miraron.
El pueblo torna á bullir;
Cual por un momento queda
El vendaval sin mugir,
Y brusco vuelve á crugir
Entre la inmensa arboleda.
El firmamento enmudecen
Con descomunales gritos,
Aturdidos enloquecen,
Y revoltosos parecen
Fiera legion de precitos.
Y creen en su frenesí
Que ofrecen incienso á Dios
Danzando torpes alli;
Yo, aunque no lo creo asi
Voy de los necios en pos;
Pues fuera tan loco intento
Querer á un pueblo alumbrar
En sus creencias sediento,
Cual poner lindes al viento,
O freno al airado mar.
Ya el alba entre mustia y bella
Desde su cuna luciente
La oscura noche atropella;
Las sombras huyendo de ella
Se apiñan en occidente.
Y al verla, languidecer
El sordo murmullo empieza,
Que para mas cuerdos ser,
No hay cosa como saber
Que se vé nuestra flaqueza.
Ven sus rostros macilentos

A la luz matutinal;
Encáranse descontentos,
Y al verse tan soñolientos
Todos se parecen mal.
Y cabizbajo, mohino,
Cada cual avergonzado
Toma distinto camino,
Como á un soplo repentino
Se esparce el polvo acinado.
Alguno en su mente vana
Volver otro año juró,
Y el ruido de una campana
Nuncio de muerte temprana
La tumba le recordó.
Hoy se maldice rendido,
Ayer todo era danzar;
Tal es el pueblo y ha sido,
Porque jamás ha sabido
Mas que reir ó llorar.

Ramon Campoamor.



VELAZQUEZ.

Nació en Sevilla en 1599, y desde muy niño manifestó su disposicion para la pintura. Principió á aprender con Herrera el viejo; pero el caracter áspero de su

maestro le disgustó, y le abandonó para seguir sus estudios con Francisco Pacheco, quien conoció las brillantes disposiciones de su nuevo discípulo. Tomó á su servicio un jóven cuya fisonomía, musculatura y desenvoltura fijó su atencion, y le servia de modelo, poniéndolo en diversas actitudes, haciéndolo reir ó llorar, segun lo exijia el asunto que inventaba. Por este medio adquirió una facilidad para la semejanza de los retratos, que ningun pintor ha podido lograr. No tenia género determinado, porque sus estudios no se limitaban al cuerpo humano. Las flores, las frutas y los objetos inanimados los producian sus pinceles con una verdad, con una facilidad dificil de describir. Las bambochadas del género flamenco las ejecutaba tambien con maestría; y entre las producciones de este jénero descuella el *aguador de Sevilla*. En prueba del aprecio que le manifestaba Pacheco, le concedió la mano de su hija, por quien hacia tiempo suspiraba. En esta época fue cuando entusiasmado con los cuadros de Luis Tristan, se decidió á imitar su brillante colorido y la viveza de sus concepciones.

En 1622 vino por primera vez á Madrid, donde aprovechó su corta estancia, estudiando los magníficos cuadros que habia en esta corte, y en los palacios del Pardo y del Escorial. El primer cuadro de consideracion que pintó Velazquez, fue un retrato del canónigo Fonseca, su protector, y produjo un efecto tan sorprendente, que fue causa de que lo llamase el rey para que le retratase, admitiéndole despues en su servicio. Tan contento quedó el soberano de la obra, que la mandó esponer en un dia festivo en la puerta de San Felipe el Real. El retrato era de cuerpo entero, vestido con armadura, y sobre un magnífico caballo; pero pintado de un modo, que sin seguir las huellas de ninguna escuela en particular, tenia un estilo que supo crear su genio, imitando siempre con escrupulosidad la naturaleza. Ningun pintor le ha aventajado en los retratos, y solo pueden compararse con los suyos los de Ticiano y Van-Dick.

En un concurso que se verificó por orden del rey, de un cuadro que representaba la espulsion de los moriscos por Felipe III, Velazquez consiguió el premio. Por este tiempo Rubens, con quien estaba en correspondencia, vino á Madrid, y le inspiró el deseo de visitar la Italia, para lo que solicitó el competente permiso. El rey, que por temor de perderle habia rehusado siempre dar su consentimiento, se lo acordó entonces, y en 1629 se embarcó Velazquez para Venecia, adonde empezó á estudiar á Ticiano, á Tintoretto y á Pablo Veronés. Entre las numerosas copias que hizo en Venecia, deben citarse principalmente la del *Calvario*, y la de la *Cena de Cristo*, original de Tintoretto, la que regaló á Felipe IV cuando regresó á España. Llegado que fue á Roma, se aumentaron sus estudios con los cuadros de Miguel Anjel y de Rafael. En esta ciudad se retrató á sí mismo, cuyo cuadro regaló á su suegro, juntamente con sus obras maestras *Las fraguas de Vulcano y la túnica de José*.

Llamado á Madrid por orden del rey, no quiso dejar la Italia sin haber visto en Nápoles á José Ribera, que tan dignamente sostenia en aquella ciudad la gloria de la escuela española.

Durante la ausencia de Velazquez el rey no habia querido dejarse retratar por ningun otro pintor, para manifestarle el aprecio que le profesaba, mandándole

ademas disponer una habitacion para taller dentro del mismo palacio, de la que se reservó una llave para visitar al egregio artista cuando le pluguiese.

Colmado de favores el conde-duque de Olivares, quiso manifestarle su gratitud mandándole hacer su retrato, que en el dia está considerado como la obra mas perfecta y admirable que ha producido el pincel de un pintor.

En 1648 fue enviado por el rey á Italia á escoger modelos y todo lo necesario para el establecimiento de la academia de Bellas Artes que tenia proyectado fundar en Madrid. Este segundo viaje fue una nueva serie de triunfos para Velazquez. Los artistas, los sabios y los príncipes le manifestaron su amistad y el aprecio que hacian de su eminente talento. Hizo los retratos de Inocencio X y de varios cardenales, y fue admitido con pompa y solemnidad entre los miembros de la academia de S. Lucas. Cuando volvió á España trajo un caudal inmenso en estátuas, bustos, cuadros y dibujos pagados con profusion, y para recompensar el rey su trabajo, le nombró su aposentador. En 1656 puso el sello á su colosal reputacion un magnífico cuadro de familia, en que se representó á sí mismo retratando à la emperatriz Margarita de Austria, infanta de España, en la flor de su edad.

La perfeccion, la gracia y la belleza resaltaban en este escelente cuadro, que fue y será la admiracion de cuantos le contemplan. En esta época se cruzó de Caballero de la orden de Santiago, y dicen que el mismo rey Felipe IV, habiendo un dia entrado en su taller cuando pintaba el cuadro de que hemos hecho mencion, se llenó de admiracion, y cogiendo silenciosamente un pincel, le dijo, pintando en el pecho de la figura que representaba á Velazquez la cruz de dicha orden: "esto faltaba al cuadro." Recibió el hábito y título en 1658, y á poco tiempo tuvo que marchar á Irun para desempeñar uno de los cargos de su empleo, con motivo del viaje que tuvo que hacer el rey para acompañar á la Infanta doña Maria Teresa, prometida á Luis XIV. Las fatigas de este penoso viaje alteraron tanto su salud, que á su regreso á Madrid cayó enfermo, y murió en 1660, siendo la admiracion de todas las naciones cultas del mundo. Sus exequias fueron solemnes, porque el rey no economizó nada de cuanto podia aumentar el brillo y pompa de este acto, al que asistió toda la corte en traje de ceremonia. Su viuda, la hija de Pacheco, no pudo soportar la pérdida de su esposo y bajó á la tumba á los siete dias de su muerte.

Seringapatan.

ADVERTENCIA.

Con el número de hoy se reparte á los señores suscritores la entrega novena de la novela titulada: UNA CONSPIRACION EN TIEMPO DE LUIS XIII.

La siguiente se titula: LA FATALIDAD, original de Federico Soulie, vertida al castellano por D. Manuel Antonio Lasheras.

MADRID.

Imprenta de la Compañía Tipográfica.